

ADOLFO P. CARRANZA

EL GENERAL PÁEZ



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSO Y CIA.

1924

ADOLFO P. CARRANZA



EL GENERAL PÁEZ

2ª EDICIÓN

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO Y CÍA.

1924



GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ



EL GENERAL PÁEZ

RECUERDOS ÍNTIMOS

FRA niño, cuando tuve por amigo a un hombre extraordinario, a un héroe.

Contaba yo diez años y él, setenta y ocho.

Llamábase Páez, y era el bravo *llanero* de Venezuela, aclamado como «el valiente de los valientes» de aquella tierra, hermana de la que alimentó a Necochea.

Fué el vencedor de las QUESERAS DEL MEDIO, el inmortal de BAILADORES, el que rindió a caballo los buques españoles, el que en Puerto Cabello y Carabobo, como en los demás combates de la época legendaria, asombraba al enemigo con sus acciones y al mundo con sus proezas; quien nos honró con una amistad que nos envanece.

No haremos su retrato, ni trataremos de diseñarlo siquiera.

¡Solo su pluma podía narrar tantas campañas, y los treinta y cinco años de carrera pública que tuvo en Venezuela!

Estas líneas son un homenaje a su memoria, lo único con que nos es dado pagar sus atenciones y su cariño. Léanse como tales y recuérdese que habla más el corazón que la cabeza.

I

El general don José Antonio Páez salió emigrado de Venezuela el año 1850, por orden del presidente Monagas, que había sido su antiguo compañero de glorias y de lucha y a cuya elección contribuyó con entusiasmo.

Nació en 1790; en 1810 se alistó en las filas del ejército patriota y acompañándolo en sus desastres y victorias, llegó en 1827 a ser el jefe supremo de la Capitanía General de Venezuela.

Nombrado Presidente constitucional en 1831, dió la «ley de manumisión», y al terminar su período,



(7 DE AGOSTO DE 1857 - † 15 DE AGOSTO DE 1914)

DOCTOR ADOLFO P. CARRANZA

Fundador y primer Director del Museo Histórico Nacional
de Buenos Aires

retiróse como Cincinato para entregarse a las tareas de su *Hato*. 1

En 1838 fué llamado nuevamente al Gobierno hasta 1842, en que le sucedió el general Carlos Soublette.

El crimen del 24 de enero de 1848, en que una facción apoyada por el presidente Monagas asaltó a balazos la Cámara de Diputados, hiriendo y matando a varios representantes, impulsó a Páez a pedir justicia con las armas en la mano, ya que se hacia la indiferencia sobre tan grave atentado. Vencido, fué encerrado en la prisión de Bocachica, donde se le hizo sufrir horriblemente, hasta que se le dió libertad a pedido del pueblo, tomando en seguida el camino de Nueva-York. Allí se le recibió con magnificencia y simpatía.

Muchos años después volvió al suelo natal, pero las pasiones eran las mismas y los partidistas le atacaron con saña; entonces con tristeza en el alma, abatido y desencantado, regresó a los Estados Unidos.

Su vida fué en adelante una peregrinación sobre la tierra americana, en uno de cuyos puntos se de-

1 Estancia.

tuvo, y pudimos admirar en el infortunio al que fué ensalzado en los días de poder y esplendor.

II

En junio de 1868 llegó a Buenos Aires en compañía del general Quevedo, Ministro Plenipotenciario de Bolivia en las repúblicas del Plata.

Circunstancias que no son del caso expresar, vincularon a mi familia con la de Páez y la relación se hizo estrecha por la mútua simpatía y la hospitalidad que le fué brindada al ilustre prócer.

Era nuestra casa en aquel tiempo centro de conversación de algunos buenos amigos, que la muerte y el destino se han encargado de separar.

Entre otros asiduos concurrentes, se encontraban el doctor don Florentino Gonzalez, constitucionalista colombiano, el traductor de Lieber y de Grimke, que dictaba la cátedra de esta materia en nuestra Universidad a los setenta años y cuya juventud agitada se marcó por un entusiasmo liberal muy pronunciado, hasta haber sido uno de los del complot de 1828, que debieron matar a Bolívar;



Mármol, el *unitario* Mármol, el autor de *Amalia*, el poeta que lanzó la más sublime, al par que más enérgica maldición contra el tirano de la patria arrancada, como dice un escritor mejicano «del huracán que agita la selva de los Andes, del soplo aterrador del Pampero, del ronco estruendo del Tequendama, de los tumbos del mar embravecido, del mugido del Chimborazo y de la catarata de trueno de las tormentas americanas»;

El coronel don Manuel Olazabal, octogenario,—veterano de la Independencia, que había recorrido medio continente con las armas de la revolución, y cuyo pecho ostentaba las medallas de los tiempos heroicos y las cicatrices de la guerra con Rosas;

El doctor don Bernardo de Irigoyen, que todavía estaba léjos del rol espectable que desempeñaría en la política de su país;

El general Campero que, pobre y emigrado, no soñaba llegar a las cumbres del poder que representó en Bolivia, y otros de más o menos importancia en el pasado y en el presente.

Allí se hablaba de otras épocas y de otros hombres, se narraban campañas, se enumeraban glorias, se referían anécdotas, se discutía, y aprendíamos

lo que no puede decir la historia, sino la memoria de los testigos.

Olazabal hablaba del heroísmo de TALCAHUANO, cuando el general Escalada, por un rasgo de amor propio, se paseó con su escuadron, armas al hombro, delante de aquellas murallas 'que vomitaban metralla; nos hacia conocer los últimos momentos de aquel José Miguel Carrera, famoso por su ambición y sus crueldades, y recordaba diversos pasajes del sitio de la *Nueva Troya*.

El viejo Gonzalez, embebido en las doctrinas norte-americanas, desalentado por las desgracias de Nueva Granada, hacía oír pocas veces su pausada y temblorosa voz.

Quevedo y Campero, enemigos políticos, pero antiguos compañeros, reunidos bajo bandera neutral, se expresaban con amargura sobre su país, eternamente convulsionado, y narraban los sucesos cómicos y trágicos que durante treinta años se habian desarrollado en Bolivia.

Recordaban aquellas guerras con el Perú, cuando el general Ballivian cruzaba las Cordilleras con trajes de brin blanco para dar ánimo a sus soldados en medio de las nieves... y cuyo secreto consistía en ocultar otros abrigos bajo vestido tan fresco; el

duelo del general Agreda con un gallo; las iniciales del nombre del primogénito del general Santa Cruz, cuando imaginaba una corona — *S. A. R.* — y otras reminiscencias que daban animación a la tertulia, amenizando con las cuestiones serias.

Páez se expresaba en medio del silencio de los oyentes que creían soñar cuando escuchaban de sus labios los anales a veces grandes y otros sangrientos de Venezuela.

Había en su lenguaje la sencillez del héroe y la sinceridad del hombre honrado.

Era la historia viva de Venezuela, y conocedor de sus hombres, los estudiaba, los clasificaba y presentaba a la reunión que, complacida, le escuchaba como al revelador de un pasado lleno de grandiosas palpitaciones.

Hablando de Bolívar, siempre lo hacía con admiración y nunca se permitió injuriar ni a sus propios adversarios. Cuando se henchía de entusiasmo con los recuerdos de aquellos tiempos felices que pasaron, se veía asomar a su rostro el dolor, y entonces se lamentaba con la ironía y la amargura del proscrito.

Era Páez la figura más noble de aquella antigua Colombia, de donde brotaron los héroes que

tenían la talla de Miranda y Bolívar, Sucre y Santander, Córdoba y Soublette.

Corazón generoso, conciencia honrada, voluntad de hierro y un valor a toda prueba en un físico de acero y una gallarda figura, tales eran los rasgos principales de aquél que ciñó en la cintura una espada que, en muestra de admiración, le regaló Jorge IV de Inglaterra.

III

Llegaba pobre a Buenos Aires — ¡él que había sido uno de los mas acaudalados de Venezuela! — con una comisión sobre carnes conservadas, por no golpear las puertas de su patria oprimida y quizá ingrata.

El gobierno argentino, a cuyo conocimiento llegó su estado, queriendo proteger al que había ilustrado las páginas de la epopeya americana, expidió el siguiente decreto:

Buenos Aires, Diciembre 5 de 1868.

Habiendo llegado a este país el general don José Antonio Páez en prosecución de una modesta in-



industria, para sostener su vida en la más avanzada edad; y considerando que este ilustre guerrero, es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la Independencia; y que sus hazañas reconocidas ya por la historia, contribuyeron en gran manera a afianzar la independencia americana, el Presidente de la República Argentina, para asegurarle el reposo de sus últimos días en reconocimiento de sus grandes servicios, acuerda y decreta:

Art. 1° — Dése de alta en la Plana Mayor activa del Ejército Argentino al general don José Antonio Páez, en la clase de Brigadier General.

Art. 2° — Sométase este decreto al Honorable Senado de la Nación.

Art. 3° — Comuníquese, publíquese y dése al R. O.

SARMIENTO

Martín de Gainza

El 7 de agosto de 1869, el Senado le daba su sanción en estos términos:

El Senado de la Nación Argentina—

ACUERDA:

Art.1.º El Senado de la Nación Argentina presta su acuerdo al nombramiento que el P. E. ha

Al finalizar el año 1868, quiso conocer al general Urquiza y en tan digna compañía nos trasladamos a San José (Entre Ríos), residencia entonces del vencedor de Caseros.

Este hombre público gobernaba aun aquella provincia con aparentes simpatías — y decimos *aparentes*, porque un año y medio más tarde un crimen y una revolución dieron en tierra con su persona y su poder casi omnímodos. Fuimos recibidos con agasajos, porque al honor del huésped se unía antigua amistad con nuestro padre.

La morada de San José recordaba algo de aquellos castillos de los tiempos medioevales, donde una sola cabeza mandaba y en cuyos dominios se dependía de los caprichos de un gran señor.

La visita duró tres días, en que hablaron largamente sobre asuntos relacionados con el papel que habían desempeñado ambos en sus respectivos países; Urquiza mostrándole los cuadros que representaban sus batallas y que adornaban las esquinas de los corredores de la casa, y Páez contándole aquellos laureles que recogiera en los días de patriotismo y ardor que tuvieron los hijos de América.

Fuí testigo de sus congratulaciones, reminiscencias, satisfacciones y abrazos.

Antes de retirarse para no volverlo a ver más, el huésped regaló al dueño de casa unas pistolas que quizá conserve la familia del general argentino.

V

Amó a la República Argentina y sobre todo a Buenos Aires, como solo pueden amar las almas grandes, sin esas raquíticas pasiones que hacen de la envidia la más repugnante de sus manifestaciones. Y Buenos Aires lo respetaba como a uno de los pocos cuyas figuras trémulas, pero altivas, se hacen dignos de la veneración de la posteridad.

Cierto es, también, que ellos tienen derecho a un hogar en la vasta extensión del continente emancipado por el esfuerzo de todos.

Dos años y medio vivió entre nosotros tranquilo y con la idea de dejar sus cenizas en la patria de Belgrano, para que ésta las entregase a la suya cuando fuese redimida de los Falcon y Guzmán Blanco.

Su vida se deslizó entre nosotros en el círculo de algunos pocos amigos. Enemigo de la pompa, modesto hasta lo increíble, su asistencia a la tertulia a que aludimos, completaba sus tareas del día.

La fiebre amarilla que a principio de 1871 se presentó como un fantasma de muerte para Buenos Aires, arrastrando con su guadaña implacable más de 25 mil almas, obligó al ilustre soldado a apresurar su viaje para Nueva-York.

Fué entonces que con tristeza vimos acercarse el día de la partida, que sería para siempre, sin poder estrechar sus brazos por la distancia en que nos había colocado la funesta epidemia.

Estábamos en Mercedes (provincia de Buenos Aires), en donde la casualidad nos hizo encontrar al viejo coronel Olazabal, que allí empezó a declinar hasta morir poco después, no sin antes lanzar esta proclama en un aniversario de Maipo: — «Al través de 54 años que cumplen hoy de ese gran día, de tanto batallar desde los muros de Montevideo hasta el Ecuador para dar libertad a un mundo, de la guerra civil, el Imperio del Brasil y la lucha fratricida por que ha pasado la República Argentina, apenas quedamos en pié, diez de los generales, jefes, oficiales y tropa, de los que con el primer criollo de la América tuvimos la gloria de mostrar el pabellon de Mayo, desde las cumbres que sirven de mansion al Cóndor».



¡Hasta la expresión tenían distinta de nosotros, los hombres de la generación gigante!

Desde aquel pueblo de nuestra campaña enviamos un saludo al preclaro anciano, quien nos contestó, deferente antes de partir.

Esa carta de despedida de uno de los más grandes hombres de América, escrita de su puño, a el que entonces era solo un niño, la conservamos como un timbre de honor.

Antes que el huracán de la vida en cuyos sacudimientos se pierden muchos objetos que nos son caros y pueden llevarse los que nos pertenecen, la entregamos a la publicidad, cuando quizá no debió salir de nuestro archivo privado.

Buenos Aires, Abril 6 de 1871.

Mi querido y nunca olvidado Adolfo:

Recibí su amable carta de 27 de marzo último, en que se sirve usted saludarme y solicitar por mi salud. Doy a usted mis mas cordiales gracias por esa prueba de su sincero cariño.

Aquí he tenido el gusto de ver a mi excelente amigo Carranza y por él supe que toda su amable familia se hallaba sin novedad.

No es con poco sentimiento que parto para los Estados-Unidos, dejando a la América del Sur, y

muy particularmente a Buenos Aires donde encontré cariño y protección.

Tengo que ir a Nueva-York a atender algunos negocios que dejé pendientes cuando partí para esta region, pero si Dios me concede la vida y la salud que ahora gozo, volveré dentro de un año.

Doy a usted muchas gracias por el aprecio que hace de mi retrato; téngalo siempre presente para que no le dé tentacion de olvidarme.

Deseándole a usted un espléndido futuro, me repito su apreciador y afectuoso amigo que lo quiere de todo corazón.

José A. Páez.

VI

Un año después llegué a Tacna en circunstancias que él desembarcaba en el Callao, y estando tan próximo escribible, lamentando no poder estrechar su mano, a lo que me contestó desde Lima con fecha 6 de marzo:

«Con placer he visto que tan buenos amigos me recuerdan siempre y yo por mi parte no pierdo la esperanza de volver a verlos algun dia.

«Yo tenía la intención de seguir a Buenos Aires por el Estrecho, pero me he visto obligado a detenerme en esta ciudad donde he sido muy bien acogido

y tratado por el gobierno de la manera más espléndida.

«En esta nueva residencia me pongo a las órdenes de todos mis amigos, para lo que gusten ordenarme. Mil expresiones de afecto a su excelente padre, a quien tanto recuerdo, y usted reciba el cariño de su amigo que lo quiere».

La falta de un domicilio fijo ha motivado el extravío de otras cartas que conservaba del gran ve-zolano, en las que me avisaba los honores de que era colmado por el pueblo peruano, la idea de volver a los Estados Unidos y la preferencia que tenía por Buenos Aires, donde quería exhalar el último suspiro.

La mano que las suscribiera había firmado la célebre carta al general Monagas en 1835, y manejó aquella lanza que fué el azote de los enemigos de la Independencia americana.

Poco después, el 18 de junio de 1873, moría en Nueva-York, perdonando a los que le tenían desterrado hacía treinta años, sin dejarlo de perseguir un día.

VII

Nunca podré olvidarlo!

Cuando en los albores de la vida se encuentran

amigos como aquél, es un deber la gratitud y una honra el manifestarla.

El no repitió la amarga expresión de Escipión el Africano, y menos feliz que San Martín, no pudo pedir que su corazón fuese trasladado al seno de la patria; pero esto era innecesario, desde que su vida, su fortuna y sus esperanzas, hacía muchos años, pertenecían a Venezuela.

Algún día cuando la oportunidad se presente y aquel país salga de las manos de sus perseguidores, entregaremos un anillo que llevaba en el dedo meñique y que poseemos; como las cartas con que nos distinguió.

Mientras tanto, y á despecho de los tiranuelos y ambiciosos — *los siglos podrán apagar los volcanes y secar los torrentes de su patria, pero serán impotentes para aniquilar su memoria.*





APÉNDICE

Como al publicar estas páginas nuestro objeto ha sido reunir todos los recuerdos que poseíamos sobre el general Páez, no nos parece fuera de lugar la publicación de algunas de las cartas que de él conserva nuestro padre y las dos piezas de música que compuso dedicándoselas á mi hermana Maria (fallecida en 1880) y cuyos originales guardamos en nuestro archivo.

JOSÉ A. PÁEZ Á ADOLFO E. CARRANZA

Río Janeiro, Abril 23 de 1871.

Mi distinguido amigo:

Tiene esta por principal objeto recomendar a V. dos jóvenes compatriotas que merecen toda mi amistad y que pertenecen a las primeras familias de Caracas, a quienes les ha sido forzoso dejar a Venezuela por algun tiempo a causa de la actual situacion política de aquel hermoso cuanto desgraciado país.

Son mis recomendados los Doctores Rafael Herrera Vegas (1) y Simón Zarraga, médico el primero de la Universidad de París y de Caracas; el segundo abogado de Venezuela: ambos han alcanzado crédito en sus respectivas profesiones y una posición importante en Venezuela, que solo causas muy graves hubieran podido determinarlos a abandonarlo siquiera sea por corto tiempo.

El doctor Herrera se ha decidido a arrostrar la terrible epidemia que por desgracia azota a esa ciudad no obstante tener facilidad para ocuparse con ventajas en otro país, pero la idea de prestar sus servicios profesionales en una enfermedad que ha tratado por largo tiempo, y de prestar su contingente para ayudar en algo a Buenos Aires en la terrible prueba porque está pasando, han producido en su ánimo la resolución generosa de trasladarse a ese país tan pronto como le sea posible. Celebro la resolución de Herrera porque estoy cierto que serán útiles sus servicios.

Mucho siento no estar en Buenos Aires, para hacer por estos dos jóvenes amigos cuanto a mi alcance estuviera, pero me consuela la idea de que mis buenos amigos de esa ciudad, entre los que cuento a V. en lugar muy preferente, suplirán mi

(1) Padre de los doctores Marcelino y Rafael Herrera Vegas.

falta, empeñando su gratitud y la mía por los servicios que reciban mis recomendados. No puede V. figurarse cuanto me han afectado las desgracias de Buenos Aires y cuanto anhelo saber que han tenido término tantos males como aflijen a ese país.

Escusado me parece decirle cuanto los he recordado a V. y su estimable familia; espero que se haya mitigado en lo posible la pena que la pérdida de su señora suegra les ha ocasionado y que ninguna otra desgracia tengan que lamentar en la familia.

Suplico a V. les presente mis respetos y saludos afectuosos y V., mi distinguido amigo, reciba las protestas de mi afecto y consideracion.

Nueva-York, Mayo 21 de 1871.

Mi nunca olvidado amigo:

Después de un feliz viaje he llegado a esta ciudad y aunque todavía estropeado de la larga travesía, dedico a V. estos renglones para desearle salud a V. y a toda su familia y fin a la calamidad que aflique a esa hermosa y desgraciada ciudad.

Mis afectuosos recuerdos a toda su amable familia, como también a mi amigo Mármol. Ruego a V. saludar de mi parte al doctor Irigoyen.

Créame siempre su agradecido amigo muy de veras.

Nueva-York, Junio 19 de 1871.

Mi siempre querido amigo:

La premura del tiempo no me permitió escribirle por el anterior paquete participándole mi arribo a esta ciudad en perfecta salud, deseando con toda mi alma que tanto V. como toda su amable familia se conserven buenos y otro tanto deseo para mi querido amigo su suegro Mármol, a quien saludará V. de mi parte, lo mismo que al doctor Irigoyen y con muchísimos cariños para todos sus niños de V., en particular a mi amiguito Adolfo y mi distinguida Maria, se despide de V. su agradecido amigo que lo quiere muy de veras.

P. D. — Diríjame sus cartas al número 26 1/2, Broadway.

Nueva-York, Julio 22 de 1871.

Mi querido amigo:

Después de mi llegada a esta ciudad tuve el gusto de escribir a V. y ahora vuelvo a hacerlo con dos objetos: El primero es saludar a V. y a toda su amable familia y felicitarle por el término de la fiebre que agotó a esa hermosa ciudad. El segundo es avisarle a V. que con fecha 6 de este mes tuve que tomar trescientos patacones de Mister Zimmerman de

aquí, hermano del de allá y los libré contra V. Le ruego los satisfaga y los cargue a mi cuenta.

Hasta ahora no he tenido aviso de Caracas sobre el resultado del pleito que tengo allá y que fué uno de los motivos que me trajo aquí, pues ha de saber V. que las comunicaciones de Venezuela con este país se dilatan tanto como las de aquí a Buenos Aires, porque no hay línea de vapores, ni comercio activo entre los dos países.

Mucho deseo volverme a ese, pero no sé cuándo podré hacerlo por la dilación del pleito que dejo dicho a V.

La guerra sigue en Venezuela y esta es la causa de estar todo paralizado en aquella desgraciada tierra.

Con afectuosos cariños para toda su apreciable familia, me repito de V. su agradecido amigo que lo quiere de veras.





LA FLOR DEL RETIRO

VALZ.

Tiempo muy lento

A musical score for a waltz. It consists of four systems of music. Each system has a vocal line on a treble clef staff and a piano accompaniment on a bass clef staff. The time signature is 3/8. The lyrics are written below the vocal line.

qué triste es la vida, de luto cu-
-bierta, lle-vando en el pecho, o-culto un do-
-lor Qué triste es el alma, que se halla de-
sierta sin fe ni espe-ranza, sin di-cha ni

- mor; Qué tristo es el llan. to, que
coive in-cle-men-te, nu - blando los
o jos, que man- do la fax; Qué
triste es la que- ja; del alma do-
lien- te, que mira per- di- da por

The image shows a handwritten musical score on aged paper. It consists of five systems of music, each with a vocal line (treble clef) and a piano accompaniment line (bass clef). The lyrics are written in a cursive script below the vocal line. The music is in a major key with a key signature of one sharp (F#) and a 3/4 time signature. The lyrics are: "- mor; Qué tristo es el llan. to, que coive in-cle-men-te, nu - blando los o jos, que man- do la fax; Qué triste es la que- ja; del alma do- lien- te, que mira per- di- da por".



*Qué triste el recuerdo, que pesa en el alma
De aquellos ensueños, felices de ayer;
Son tristes las horas, que ruedan en calma
Llevándose infaustas, del hombre el placer.
Qué triste es la noche, sombría y oscura
Sin que se perciba, siquiera un rumor;
Muy triste es la noche, que al hombre le augura
Penas sempiternas, profundo dolor.*

ESCUCHA!
BELLA MARIA!

Es

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is a vocal line in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. It begins with a whole rest followed by a half note G4. The middle staff is a piano accompaniment in treble clef, starting with a half note G4. The bottom staff is a piano accompaniment in bass clef, starting with a half note G2. The system concludes with a fermata over the vocal line and the letter 'Es' written below the staff.

- ca-cha bella Ma-ri-a, quejas en mi triste

The second system continues the musical score with three staves. The vocal line in the top staff contains the lyrics '- ca-cha bella Ma-ri-a, quejas en mi triste' written below the notes. The piano accompaniment in the middle and bottom staves continues with chords and rhythmic patterns.

Yo no quiero los gozes de

The third system of the musical score consists of three staves. The vocal line in the top staff contains the lyrics 'Yo no quiero los gozes de' written below the notes. The piano accompaniment in the middle and bottom staves continues with chords and rhythmic patterns.

mundo, ya no ex-is-te la fe ni el da-ber, Fe do-

quiera se vé un mal pro-fun-do la fa-la-cia y mal-dad

por do-quiera, Me-jor fuera que venga el mar - - - -



CORO

A musical score for a chorus with three vocal parts and piano accompaniment. It consists of four staves. The top three staves are vocal parts in treble clef, and the bottom staff is piano accompaniment in bass clef. The key signature has two sharps (F# and C#) and the time signature is 3/4. The lyrics are: "A-mor pues me enga-nas-te no quiere mas en".

A-mor pues me enga-nas-te no quiere mas en

A-mor pues me enga-nas-te no quiere mas en

A-mor pues me enga-nas-te no quiere mas en

- ga - ño a - mor pues me enga-

- ga - ño a - mor pues me enga-

- ga - ño a - mor pues me enga-

nas-te no quiero mas en- ga- ño

nas-te no quiero mas en- ga- ño

nas-te no quiero mas en- ga- ño

Na - da nada del mundo yo

This system contains the first line of music. It features a vocal line on a treble clef staff and piano accompaniment on two staves (treble and bass clefs). The time signature is 2/4. The lyrics "Na - da nada del mundo yo" are written below the vocal line.

quiero To - do es fal-so es to-do i-lu-

This system contains the second line of music. It features a vocal line on a treble clef staff and piano accompaniment on two staves. The lyrics "quiero To - do es fal-so es to-do i-lu-" are written below the vocal line.

-sion se se tra-ta dea-mar seré aus-

This system contains the third line of music. It features a vocal line on a treble clef staff and piano accompaniment on two staves. The lyrics "-sion se se tra-ta dea-mar seré aus-" are written below the vocal line.

Zero seré austero y con mu-cha ra-

zon si al a-mar más fuerzas no

ven-zu Cuando a cuentasmella-me el crea-

dor vos Ma-ri-a ha-reis mi de

This system contains the first line of the musical score. It consists of three staves: a vocal line in the upper staff and a piano accompaniment in the lower two staves. The lyrics "dor vos Ma-ri-a ha-reis mi de" are written below the vocal line.

fen-sa Si te pla-ce ser mi de fin

This system contains the second line of the musical score. It consists of three staves: a vocal line in the upper staff and a piano accompaniment in the lower two staves. The lyrics "fen-sa Si te pla-ce ser mi de fin" are written below the vocal line.

-sor.

This system contains the third line of the musical score. It consists of three staves: a vocal line in the upper staff and a piano accompaniment in the lower two staves. The lyrics "-sor." are written below the vocal line.



Este folleto fué publicado por el doctor Adolfo P. Carranza el año 1888 en la Imprenta Europea (Moreno y Defensa) de Buenos Aires.

La reimpresión del mismo ha sido dispuesta en homenaje a la memoria de su autor.

Buenos Aires, Octubre de 1924.

E. L.
